

1807. — Quadro de Meissonier.



EPÍSTOLA

AL AUTOR DE «LA MUSA ABANDONADA»



¡Salud, cantor de fuego! tu poesía
Ha reanimado la luciente llama
Que, ya triste, en mi mente se extinguía,

Y despliega el brillante panorama
Del tiempo de la luz y de las rosas,
Cuyó recuerdo el corazón me inflama.

Horas risueñas, noches deliciosas
Consagradas al arte y la locura,
¡Ay, cuanto más distantes más hermosas!

¿No recuerdas la plácida lectura
De Hugo, de Heine, Bécquer y Espronceda,
Suspendida al pasar una hermosura

Cuya falda gentil de encaje y seda
Resonaba tan dulce en nuestro oído
Como el murmullo de la brisa leda?

Deslumbradora edad, tiempo querido
En que eran más espléndidas la flores,
Más claro el cielo, el sol más encendido,

Y en que abrasado el corazón de amores,
Lleno estaba de alegre melodía
Como un nido de arpados ruiseñores.

¿Te acuerdas.....? Nuestra ardiente fantasía
Por regiones serenas y estrelladas
Sus alas poderosas extendía,

Y nuestro labio, en rimas inspiradas,
Cantaba el arte, la beldad suprema,
La patria y libertad inmaculadas.

Nuestra vida era entonces un poema
De soberbias estrofas centellantes
Y de glorioso y levantado lema;

Mas ¡ay! las ilusiones delirantes,
La fe, la pasión viva, los albores
De aquellos verdes años rutilantes,

Huyeron con sus iris y colores
Para no volver más..... Y en nuestros pechos
Entraron como espadas los dolores.

Aflojéronse entonces los estrechos
Vínculos con que el arte nos unía,
Y en polvo miserable vi deshechos

Los palacios que alzó mi fantasía,
Que al recio choque de la horrible pena
Perdió su pompa, brillo y lozanía.

Y mi musa calló. Y entré en la arena
Parlamentaria, de entusiasmo henchido,
Y de noble ambición el alma llena.

Allí por el progreso he combatido,
Y en la inflamada lid he relegado
El estro y las canciones al oído.

Pero hoy, que tú descorres del pasado
El velo de oro, y que tu voz vibrante
Lanza á los vientos himno arrebatado,

Mi noble musa yérguese triunfante,
Y canta al recordar los áureos días
De su dichosa juventud radiante.

Mas ¡ay! que en sus cadencias y armonías
Late el clamor, el lúgubre y sonoro
Clamor de las solemnes elegías.

Ya no ostenta la púrpura y el oro
Mi musa como ayer; negros cendales
Viste, y derrama ensangrentado lloro,

Ante los pavorosos funerales
De lo bello, lo grande, lo elevado,
De todos los sublimes ideales.....

El paraíso de cristal, soñado,
A la firme y potente sacudida
De la ciencia, se ha roto y desplomado.

Y hoy, como débil nave combatida
Por fiera tempestad, la raza humana
Cruza incierta los mares de la vida.

¿Qué fué de aquella juventud lozana
Que llevaba en el pecho el heroísmo,
Y en la mente el fulgor de la mañana?

Presas del insaciable escepticismo,
Cambió la fe gigante en osadía,
Y el entusiasmo férvido en cinismo.

En las almas ha muerto la alegría;
De su trono cayó la augusta diosa
De la inmortal, excelsa poesía.

Hasta la ingenua risa generosa,
Que cantaba el satírico valiente (1),
La risa placentera y bulliciosa,

Fresca como el raudal de oculta fuente,
La risa juvenil, dulce y perlada,
Se ha vuelto impura, trágica y doliente.

Cruje en los aires formidable espada
Anunciando la guerra; sus terrores
Extiende por doquier la noche helada.

Trocáronse los himnos en clamores,
Y vuela por el mundo, desatado
Huracán de perfidias y rencores.

¡Todo ruinoso está, todo infamado!
La verdad en el suelo escarnecida,
El ara rota, el arte profanado.

¿Dónde posar la frente dolorida?
¿En qué corriente plácida y serena
Beber la inspiración y hallar la vida?

¿Qué onda reverberante, aun la más llena
De frescura, de luz y de rumores,
Traidora, no corrompe y envenena?

¿Quién canta entre rugidos y furores?
¿Cómo volar, cuando en el aire estalla
La tempestad con todos sus horrores?

¿Comprendes ya, comprendes por qué calla
Tu pobre amigo? ¿Quién le escucharía
En medio del fragor de la batalla?

No canto, pero adoro la poesía
Como en mis tiernos voladores años;
Con ciego amor, con loca idolatría:

Que ni angustias ni fieros desengaños
Pueden matar pasión tan acendrada,
Vencedora de males y de daños.

La adoro, sí, lo mismo cuando airada
Por defender la libertad querida
Convierte el plectro en vengadora espada,

Que cuando clama, en cólera encendida,
Al mirar con espanto, horror y pena
A la patria ultrajada y abatida.

La adoro, sí, no sólo cuando truena
Como la nube lóbrega y rugiente,
De sombras, rayos y furores llena,

Sino cuando contempla sonriente,
Su cuerpo virginal de nieve y rosa
En la linfa de un lago transparente.

Siempre la encuentro espléndida y grandiosa:
Arrebatando al pueblo en la tribuna;
Vertiendo llanto al borde de la fosa;

Cantando, en noche de argentada luna,
Un canto melancólico de amores,
Al pie de la feliz reja moruna;

Maldiciendo á tiranos y traidores,
Ó en brazos del deleite adormecida
En blando lecho de olorosas flores;

(1) Augusto Barbier.

Ya de celeste resplandor vestida,
Ya con negros crespones enlutada
O la armadura bélica ceñida;

Lo mismo en el taller que en la enramada;
En la vivienda humilde y venturosa
Como en la altiva catedral sagrada;

En la bóveda ingente y luminosa
Como en el ancho mar: la poesía
Siempre es grande, magnífica y hermosa.

Pero hoy do la prefiere el alma mía
Es en el patrio hogar, caliente nido
Bañado de fulgores y armonía;

En el hogar seguro y escondido,

Severo templo de virtud, distante
De toda pompa y mundanal ruido;

Adonde hoy llego triste y anhelante,
En busca del reposo y la dulzura
Para el enfermo corazón amante.

.....
Sólo aquí la existencia es noble y pura;
Aquí alienta la virgen poesía
Rica de juventud y de ternura.

¡Aquí, amigo del alma, la sombría
Noche que cubre el mundo desaparece
Al divino esplendor del claro día
Que en la faz de mis hijos resplandece!

MANUEL REINA.

Julio de 1890.



ODALISCA

UNA INDICACIÓN

ECHADA EN SACO NO ROTO



CUANDO en el año de 1883 publiqué en el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA mi artículo intitulado *Trabas del ingenio*, ¿quién me había de decir que la idea vertida al final de dicho artículo, por lo referente á mi creencia de que prestaría no pequeño servicio á las letras patrias quien se tomara el trabajo de coleccionar todas ó las más clases posible de las producciones de este jaez, había de hallar eco algún día, ó no quedar reducida á la triste condición de *vox clamantis in deserto*, como pasa con tantas otras cuestiones de más importancia, dignas, por ende, de mejor suerte?..... ¿Quién me había de decir á mi, pobre cultivador literario, que semejante semilla había de caer en tan buena tierra?..... Ello es lo cierto que el eco que respondió á mi débil voz y el terreno que recibió aquel pequeño germen ha dado por resultado y fruto un sonido brillante y un pasto sabroso: sonido y pasto que, bautizados con el nombre de *Esfuerzos del ingenio literario*, para deleite del oído y nutrimento de la inteligencia juntamente, acaba de dar á luz el joven D. León María Carbonero y Sol y Merás, entre los árcades, *Teofildo Pallanzio*, obrando este señor, por lo tanto, de acuerdo con lo que su instituto de pastor le impone: la avena y el cayado.

Ya sabe lo que se ha hecho el novel escritor en dedicar sus trabajos, tocante al particular que nos ocupa, á sólo la esfera del *ingenio literario*; que de haber pretendido entrar en las honduras de otros terrenos, quiero decir, el científico y el artístico, ni su obra hubiera resultado tan amena, ni su redacción y publicación tan relativamente breves, en cuanto al volumen y al tiempo. Quédese esta cuestión, que acabo de iniciar aquí, para asunto de otro artículo, que me prometo, Dios mediante, publicar en su día, y vengamos ya á hacer unas cuantas observaciones acerca del curioso libro que da margen á los presentes ligeros y mal trazados rasguños.

Sabido es que toda primera edición de una obra original, esto es, que recorre un camino no andado antes por nadie, no

es otra cosa que un borrador puesto en limpio, sujeto á experimentar en su día ciertos retoques que la mejoren ó aumenten, por lo cual se hace acreedora á todo linaje de consideraciones: en este caso se halla la que actualmente tenemos á la vista. Ahora bien, al sentar nosotros aquí unas cuantas reflexiones de las varias que su detenida lectura nos ha sugerido, entiéndase que lo hacemos con el doble sano intento, ó bien de aumentar el fondo de producciones de este jaez que archivado tiene su autor, por si es que no las posee ó conoce, ó ya de proporcionar á su fresca y lozana inteligencia algunos puntos para que los recapacite en el silencio del gabinete, por si los estima aprovechables para una segunda edición de su bonito libro, si llega á hacerla, que sí la hará. Al dar, pues, comienzo á nuestro trabajo de investigación, conste que lo haremos saltando, cual abeja, de flor en flor, sin orden ni método preconcebido. Y como por alguna parte se había de empezar, sea por la cuestión de los *ecos* que repercuten los *ovillejos*.

La Iglesia por delante.

Sáleme, en efecto, al encuentro la beata María Ana de Jesús, en cuya *Vida*, escrita por el R. P. Fr. Juan de la Presentación, mercenario descalzo, leo, y de la cual copio, los siguientes

POEMAS Á LAS VIRTUDES.

¿Cómo seré más prudente?
Obediente.

¿Cómo mi vida se engasta?
Casta.

Cómo seré que más sobre?
Pobre.

Pues, mi Dios, vuestro amor obre,
Que, para no me perder,
No hay juro mejor que ser
Obediente, casta y pobre.

¿Quién causa seguridad?
Humildad.

¿Quién me corona en presencia?
Paciencia.

¿Y quién arrebató el cielo?
Celo.



Almanaque de *La Ilustración Española*.

Chromotypographie & Imprimerie Boussod, Valadon & Cie.

« BUENOS AMIGOS »

POR GARLAND.



Pues, mi Dios, á Vos apelo
Del mundo, en que no hay verdad;
Dadme, por vuestra bondad,
Humildad, paciencia y celo.

¿Cuál es puerta de salud?
Virtud.

¿Quién saca el alma de quicio?
El vicio.

¿Quién la da la perfección?
Oración.

Vivamos con discreción
No se engañando ninguno;
Porque no son para en uno
Virtud, vicio y oración.

¿Cómo, ó cuándo moriré?
No sé.

¿Pues qué ó cómo estoy dudando
Cuándo,

Pues el morir es de fe,
Moriré?

Dios mío, pues ¿qué diré
Que despierte mi deseo,
Si, aunque lo digo y lo creo,
No sé cuándo moriré?

¿Quién sin ojos á Dios ve?
Fe.

¿Quién en premio á Dios alcanza?
Esperanza.

¿Quién es la suma verdad?
Caridad.

De esta suerte procurad,
Alma, estas tres que os esmaltan,
Pues no hay ver á Dios, si os faltan
Fe, esperanza y caridad.

¿Qué será la que se humilla?
Sencilla,

¿Cómo estará provocada?
Callada.

¿Y si la tienen por tonta?
Pronta.

Pues sin duda se remonta
Mi alma al supremo cielo,
Si fuere con santo celo
Sencilla, callada y pronta.

¿Quién los sentidos conquista?
La vista.

¿Quién causa deshonra y mengua?
La lengua.

¿Quién, cebado, es más injusto?
El gusto.

Pues saldrás de pena y susto,
Alma, si en vela te pones:
Mira que son tus ladrones
La vista, la lengua, el gusto.

¿Cómo á Dios iré volando?
Bajando.

¿Cómo estaré en Dios viviendo?
Muriendo.

¿Cómo estaré en Dios obrando?
Amando.

Pues ya amor me está llamando.
Si velar, vivir y obrar,
Dios mío, se ha de alcanzar,
Bajando, muriendo, amando.

ciélagos», dice incautamente el autor del libro que ahora nos ocupa. Bórrese ese *quizás* y ese *única*, y póngase en su lugar que son muchas las que se hallan en semejante caso, tales como: *superiora, consecuencia, rudimentario, ventri-locua, rufianesco, quincallero, aeronáutica, aceitunado, cauterio, quinquagésimo, obsequiosa, rosquillera, aguileño, cuadrillero, cuadrilátero, desquiciado, desaguisado, aurífero, desmenuzamiento, encumbramiento, bautisterio, pauperismo, cuestionario, paquidermo, etc., etc., etc.* Allá va, de muestra, ese par de docenas; *lo cual que*, como dijo el otro, no es moco de pavo.

En abono de mi aserción tocante á que las trabas impuestas á los acrósticos, en principio, medio y fin de las composiciones, den, *por regla casi general*, verdaderas *calabazadas*, pongo á continuación las siguientes muestras, que no me dejarán mentir.

Sea la primera, sacada de un manuscrito de mi propiedad, comprensivo de unas cuantas *Academias* celebradas al cumpleaños de la reina doña Mariana de Neoburg en casa del sumiller de la cava D. Agustín de Campo, la que se recitó en dicho sarao el día 22 de Diciembre de 1681. Es como sigue, sin quitarle ni ponerle:

POR CARLOS TRONCOSO, CRIADO DE LA REYNA
MADRE NUESTRA SEÑORA.

SONETO.

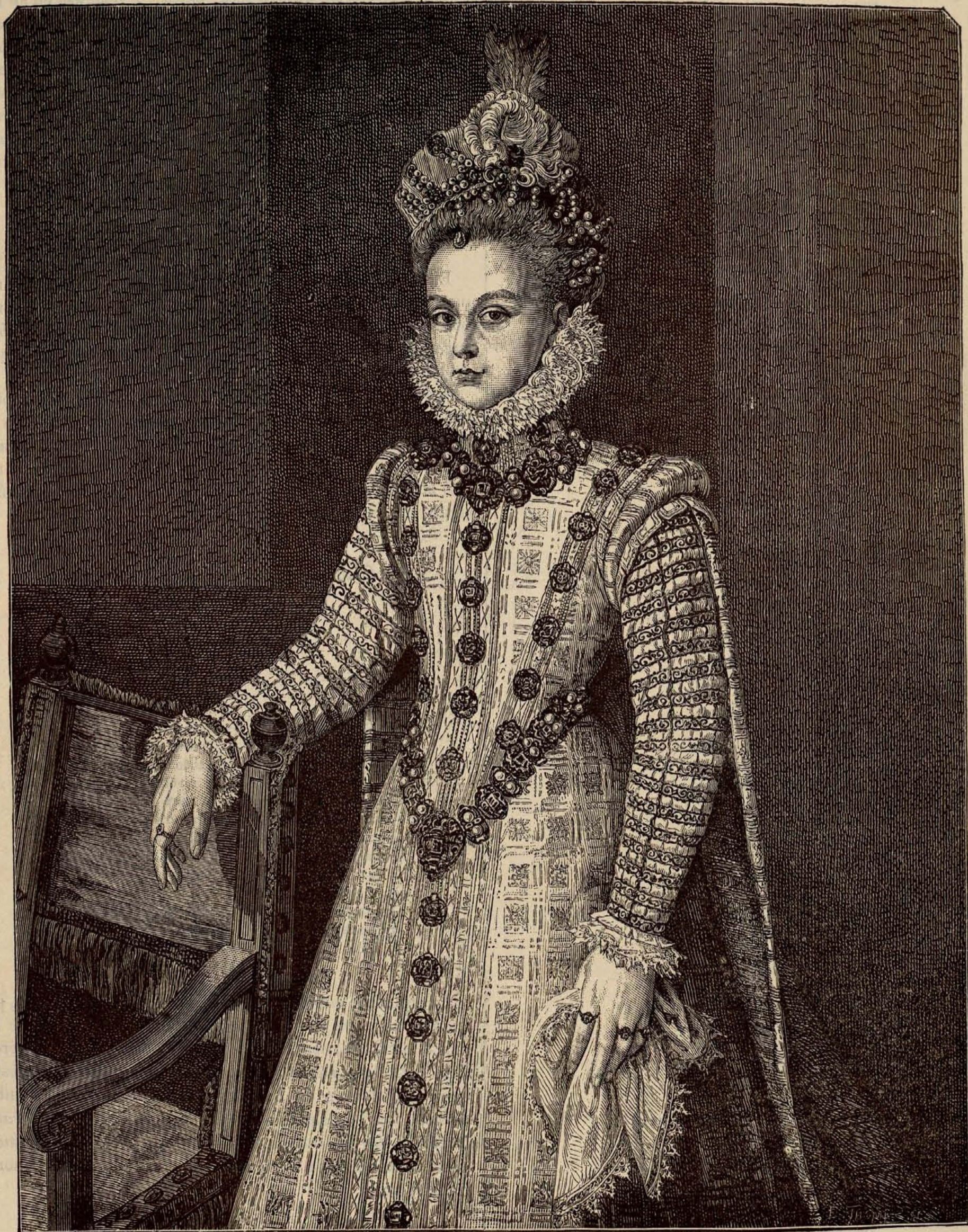
	M A R I A
V los Felizes	A ños de Maria
Tos Criados propo	N en su doctri
Con Academia	Y si se exami
Acreis la voz que	E n todo el mundo es lla
Nadie la admira, es	R eyna sobera
Fues goze siglos más que	A la mari
La aumenta arena e	L agua cristali
A inmortal viua la D	E idad Alema
Verezca aplauso	D e tan gran coro
A logren versos la feli	S Fortu
En verse a plantas	O y de Real Perso
Nuestro Rey Ni	N o, honra, dió en la cu
Hoda sois gracias, l	A Fama lo prego
Oy sin la vuestra, no a	D mite ningú

La siguiente composición le echa la pata á la anterior, por cuanto, no ya en principio, mediación y final, sino de los pies á la cabeza, contéplase toda ella siendo un puro acróstico. Intitúlase *Distico cronológico*, y figuró en las fiestas que se celebraron en Barcelona, á 30 y 31 de Diciembre de 1750 y 1.º de Enero siguiente, con motivo de la *Translación de los Agustinos Calzados, de su antiguo al nuevo Real Convento de la misma ciudad*. Dice así, puntualmente transcrita:

EX FerDinanDI seXtI, qVIntIqVe PHILippI
ArCa, hæCCe AVreLio ereCta CapeLLa tVIt.
DDCCCCLLLLXXVVVVIIIIIIII.

«Nosotros tenemos en español una palabra que quizás sea la única en la que van comprendidas todas las vocales: *mur-*

A cualquiera que no esté en los antecedentes de que dicha *capilla*, esto es, *iglesia*, dedicada á San Agustín (*Aurelio*),



DAMA DEL SIGLO XVI

fué erigida mediante la munificencia de los reyes Fernando VI y Felipe V, monarcas de España, le doy yo á roer el hueso de que averigüe pronto y sin vacilar la fecha de semejante erección; fecha tan artificiosa como premiosamente incrustada en el dístico arriba propuesto.

Por lo que respecta á aquel esfuerzo del ingenio literario que consiste en hacer composiciones en que sólo intervengan vocablos monosilábicos, dice el Sr. Carbonero que he dicho yo «que no abundando la lengua castellana en voces de esta clase, que sean de suyo significativas, creo es sumamente difícil, si no imposible, el que nadie llevara á cabo semejante empeño.»

Empiezo por objetar que yo no he dicho semejante cosa, y la prueba se puede ver en el ALMANAQUE de 1883, página 144, col. 2.^a, donde á continuación del pasaje preinserto entre comillas, se añade precisamente aquello cuya omisión por parte del Sr. Carbonero desvirtúa el sentido genuino de mi aserto, á saber: «TRATÁNDOSE DE UNA OBRA DE TAL CUAL EXTENSIÓN.» Es así que sigo no conociendo ninguna en lengua castellana que posea dicha circunstancia *de tal cual extensión*, v. gr. como la valenciana de *Deu y lo mon*, que alcanza á 83 octavas reales; luego sigo insistiendo en mis trece, y aun en mis catorce, acerca del particular, en tanto que no se me exhiban las competentes pruebas que así lo evidencien.

Tratemos ya de otros ramos de este linaje de literatura, que creo no merecen ser expulsados de este lugar.

Dicho se está que no pretendo agotar la materia, ni mucho menos, limitándome á exponer aquí unos cuantos de los asuntos aludidos, conforme se me vayan ofreciendo á la mente. Y sea el primero de ellos el *remedo del lenguaje arcaico*.

Grandes conocimientos de la historia de la lengua castellana se necesita poseer, y no poca destreza y habilidad por parte de un escritor de hogaño que pretende imitar el estilo de los autores de antaño, si no quiere exponerse á incurrir en inconvenientes tan ridículos como lo son los anacronismos. Prueba al canto.

En una obra publicada el año 1872 en vida de su autor, obra de no escaso ingenio y merecimiento, que figura haber sido escrita en el siglo XVII, y en la que se imita á maravilla el dialecto murciano, se hace uso de la palabra *paquete*, cuya introducción en España tardó algunos años en verificarse.

Como modelos en este género, pueden ser consultados: la fábula *El Retrato de golilla*, de D. Tomás de Iriarte; la de *El Mur de Guadalajara et el Mur de Monferrado*, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch; la de *La Carta blanca*, de D. Cayetano Fernández; las *Trovas* compuestas por don Agustín Durán, etc.; modelos de que no se da aquí traslado por no alargar en demasía el presente artículo, así como por andar en manos de todos.

La costumbre que antiguamente había de dar *vejámenes* ó *reñir gallos* en las Academias literarias que se celebraban

en nuestro suelo, era asunto para poner en un brete al más pintado; porque, la verdad sea dicha: eso de andar zahiriendo ó motejando á cada quisque en su cara las composiciones de su cosecha que acababa de leer, no sin sazonar la vianda con la pimienta, ó mostaza, de algunas indirectas, ó directas, referentes á vicios personales, demandaba gran pulso y discreción para no dar lugar á hacer bueno una vez más el refrán de *las cañas se vuelven lanzas*.

Composiciones de este jaez, ya comprenderá el juicioso y erudito lector que, por su demasiada extensión, se niegan igualmente á ser insertas en este lugar. Baste el dejar consignado como su indole especial y característica las elevaba á la categoría de uno de los esfuerzos de ingenio más comprometidos que en sus anales registrara el talento humano, que es lo que en esta ocasión me proponía advertir.

El hablar ahora de los *sermones de circunstancias*, cuya costumbre no es del todo pasada entre nosotros, especialmente en algunos pueblos, sería asimismo tarea enojosa, si quiera cae bajo la jurisdicción y competencia del asunto que nos ocupa. Hartas pruebas de ello se encontrarán en el *Fray Gerundio de Campazas*, del famoso P. Isla, así como en varios sermones de esta naturaleza, ya impresos, ya manuscritos, en los cuales se echa de ver la tortura en que ha tenido que poner el pobre predicador su entendimiento, para amalgamar y cohesionar en su oración asuntos que nada tienen de común entre sí.

De propósito he dejado para el fin y remate de este desaliñado trabajo el tratar de la *traducción*: empresa cuyo acometimiento ha puesto siempre pavor á los talentos más esforzados, y que en los tiempos que alcanzamos se reputa por la generalidad como cosa baladí; de ahí que, la mayor parte de las veces, el vino servido en tales calabazas se haya tornado vinagre.

Algo de ello tengo dicho en más de una ocasión, y de un modo concreto y extenso en mi *Intraducibilidad del Quijote*. Mas como quiera que la dolencia no mejora, antes al contrario, que se agrava de día en día, y dado que la tarea de traducir es una de las más arduas, comprometidas y espinosas para el talento humano, si es que ha de ser desempeñada á ciencia y conciencia, siguese que no podía yo pasar por alto ahora la conmemoración de semejante doble atentado: uno, contra el sentido común; otro, contra el bolsillo del comprador, quien no gusta, en achaque de cualquier linaje de manjares, de que se le dé gato por liebre; si ya no es que, por efecto de andar algo estragado el paladar de muchas personas, tomen igualmente la paja que el grano.

Demos ya de mano á nuestra tarea, no sin formular antes la síntesis siguiente.

Congratúlome por no haber sido palabras lanzadas al viento los conceptos que vertí en mi consabido artículo *Trabas del ingenio*, así como envió mi parabién al sujeto

que recogió mi indicación, por el acierto con que desempeñara su cometido al compilar los *Esfuerzos del ingenio literario*.

Juzgo que la materia de que se trata préstase á muchas mayor latitud, y asimismo la reputo acreedora á que la obtenga; de ello acabo de aducir pruebas, las cuales hubiera podido muy bien haber ampliado, trayendo á colación, v. gr., los asuntos *parodiados*, aquellos otros en que, por ser la acción múltiple, exigen de parte del autor cierta travesura de ingenio, y, por ende, cierta tortura de la mente,

para poder llevar á cabo con acierto el desenlace de la maraña, etc., etc.

Ultimamente, de acuerdo con lo prometido arriba, queda contraído el compromiso por parte mía, tocante á ocuparme más adelante en la cuestión de las *trabas impuestas al ingenio científico y al artístico*. Veremos si, llegada esa ocasión, *Deo volente*, hay quien, como en el caso presente, se apresure á *acoger los votos* (que no es lo mismo que si se tratara de *recoger votos*) de

JOSÉ MARÍA SBARBI.



LA MARIPOSA Y EL CARACOL

¡Vamos ya de mano á nuestra tarea, no sin formular antes la salutación siguiente.
Congratúlome por no haber sido palabras lanzadas al viento los conceptos que vertí en mi consabido artículo *Yerbas del ingenio*, así como envío mi parabién al autor

La costumbre que antiguamente había de dar vejámenes á todas las Academias literarias que se celebraban

EN UN ALBUM

Yo dudé que bajaran á la tierra
 Los ángeles del cielo.....
 Te ví salir ayer de mañanita.....
 Y de haberlo dudado me arrepiento.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA MÚSICA

Las penas que se ocultan ; los ecos de ese idioma
 Que hablan la flor..... y el ave, cuando de loma en loma
 Publica por los aires secretos de su amor ;
 Los tristes ignorados acentos misteriosos,
 Suspiros que no se oyen, y mueren silenciosos ;
 Los gritos, que, en el fondo del alma, da el dolor ;
 Todo lo que en el pecho desconocido muere ;
 Todo lo que las fibras del sentimiento hiere
 Y en el lenguaje humano jamás podrá caber,
 Tiene, para el espíritu del cielo desterrado,
 Una expresión : la música, ese cantar soñado
 Que de anheladas dichas inunda nuestro sér.....

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA ÚNICA PAZ

Vana quimera el temporal reposo
 Que es el presente, bien jamás logrado,
 Postrera despedida del pasado
 Y aurora del futuro pavoroso.
 Molecular poder vertiginoso
 Anima al Universo ilimitado,
 Y todo gira y rueda, despeñado
 Por el profundo abismo tenebroso.
 Del eterno luchar el movimiento
 La negación proclama de la inercia.
 ¡Oh sombras del humano entendimiento!
 ¿ En donde está la paz de la existencia ?
 ¡ En vano busco el sideral asiento,
 ¡ Que sólo hay paz en la divina esencia!

NILO MARÍA FAERRA.

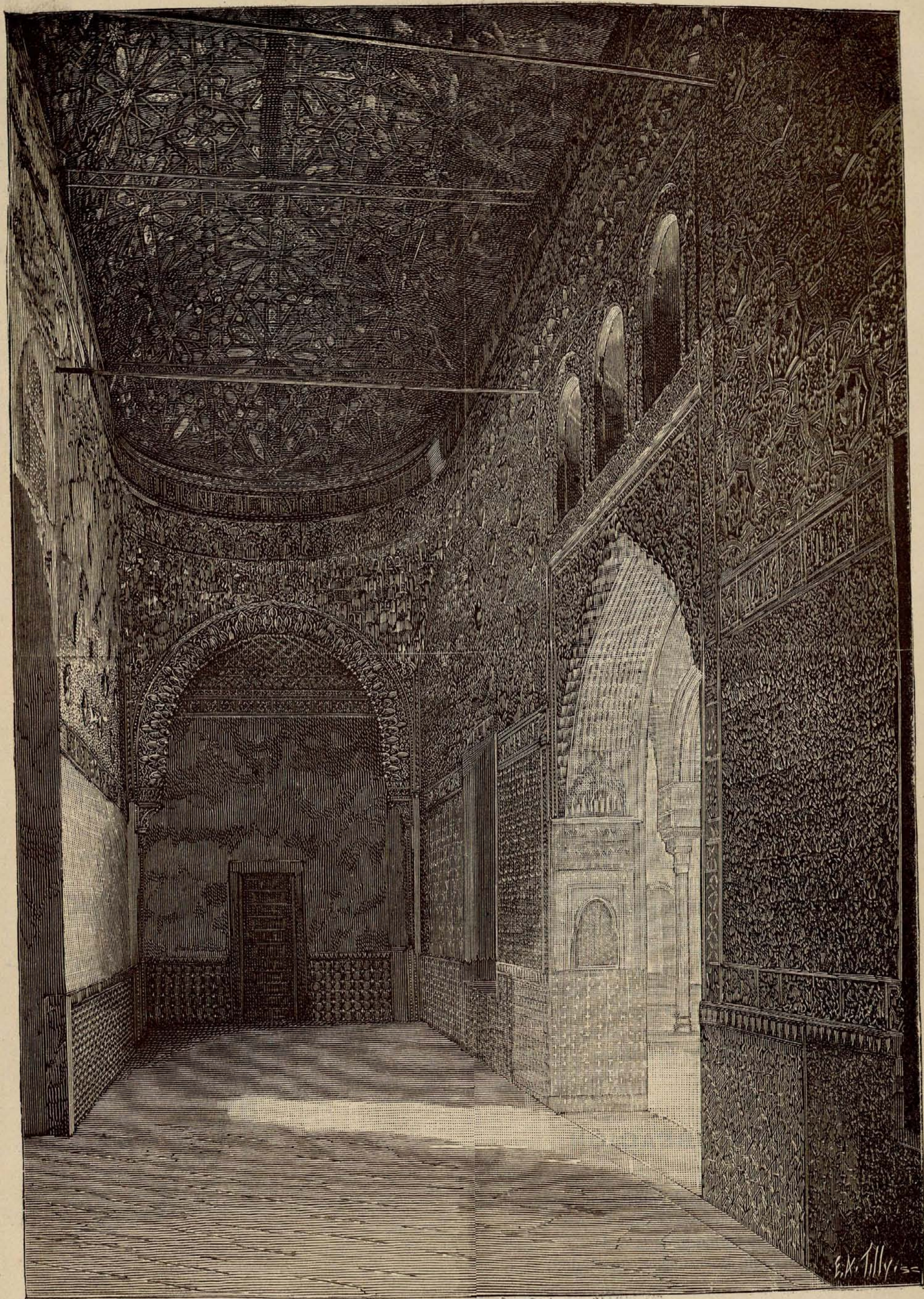
LA CREACIÓN

¡ Nunca el acaso! Voluntad pensada,
 Meditación de Dios el Orbe ha sido.
 Sólo pudo formarle de la nada
 Teniéndole en su mente concebido.

M. ORTIZ DE PINEDO.



GRANADA.—PALACIO DE LA ALHAMBRA



SALA DE LA BARCA, ANTES DEL INCENDIO OCURRIDO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890

LA ALHAMBRA

¡Granada! patria hermosa del sol y de las flores
Que arrullan mansamente el Darro y el Genil;
Donde la luz esparce más vivos resplandores,
Donde la blanca nieve corona sus alcores,
La patria, tan llorada, del mísero Boabdil.

Yo he visto de tu cielo la plácida alegría;
Yo he visto de tu vega la fértil extensión
Cubierta de esmeralda, perfumes y poesía,
Donde las aves cantan la aparición del día,
Y el alma se embelesa y late el corazón.

Dejad que vuestras brisas ¡oh espléndidos verjeles!
Aspire el bardo errante que se encantó al pasar,
Creyendo ver doquiera los blancos alquiceles
Que en tu recinto augusto llevaban las infieles
Sultanas de ojos negros de lánguido mirar.....

Historias de otros días, musulmicas grandezas,
Suspiros del Oriente, venturas del amor,
Añejas tradiciones sembradas de proezas,
Deidades do palpitan encantos y bellezas,
Llegad hasta la lira del viejo trovador.

Venid, en alas siempre de extraña fantasía;
Llegad, ocultos silfos, amigos del rosal;
Salid, inquietos gnomos, decidme con el día
En dónde está esa Alhambra dechado de poesía,
En dónde está esa joya del numen oriental.

¡Aquí! dicen los silfos con charlas peregrinas;
¡Aquí! dicen los gnomos henchidos de placer,
¡Aquí! con lenguas de oro las luces matutinas,
Y el coro, siempre grato, de obscuras golondrinas,
Con jubilosos ecos del África al volver.

La veo al fin; mis ojos se cierran dulcemente,
La maga de los sueños me toca al corazón,
Las auras acarician mi ya abrasada mente,
Y flota por mi espíritu la viva luz de Oriente,
Y escucho de la guzla morisca el grato son,

Después siento que llegan las brisas de la aurora,
Y me hablan dulcemente de amores al pasar,
Y finjo ver delante visión encantadora,
Y de sus puros labios abeja libadora
Aspira los efluvios que tiene el azahar.

«Soy, dice luego, el símbolo de amor y poesía,
El hada misteriosa del Darro y el Genil,
La musa de los árabes, la bella Andalucía,
Que dió vida á sus sueños de rica fantasía
En un palacio orgullo del andaluz pensil.

»Obreros de mi idea busqué como á un tesoro,
Los genios que aun ocultos en ella vivirán,
Los que la piedra encaje tornaron de azul y oro,
Y en camarín lujoso que el indolente moro
Bordó con inscripciones tomadas del Korán.

»Calados ajimeces para soñar amores,
Arcadas y columnas esbeltas por igual,
Y patios con mil fuentes de altivos surtidores,
Jardines donde cantan los pardos ruiseñores,
Y torres más esbeltas que la palmera real.

»¡Miradla! no es que, ciega, pondere su belleza.
Alcázar misterioso, privilegiado edén,
Concluye donde el arte su concepción empieza;
Con Alhamar, celoso, más crece su grandeza,
Y la nevada sierra admirala también.

»Le envían sus aromas las delicadas flores
Que culto fiel le prestan por cima del Padul,
Conciertos matutinos los pájaros cantores,
Las rosas y claveles sus toldos de colores,
Dosel brillante el cielo eternamente azul.

»De sus caladas torres es fijo centinela
El astro de la noche, que nos convida á amar;
La luna que á los tristes con éxtasis consuela
Y baña con sus luces la torre de la Vela,
Fantasma sempiterno envuelto en azahar.

» ¡Miradla, sí! es mi Alhambra mansión esplendorosa
Que entre floridos cármenes se ostenta cual joyel;
La que en tranquilo lecho primaveral reposa;
La que al dictado, siempre, responderá de hermosa,
Y llorarán, ausentes, los hijos de Ismael!

» En ella el pintor busca espléndidos colores,
El músico, armonías; el vate, inspiración;
Ensueños, el que sufre; el corazón, amores;
Quien piensa, siente y quiere, encantos seductores;
El alma no dormida, eterna aspiración!

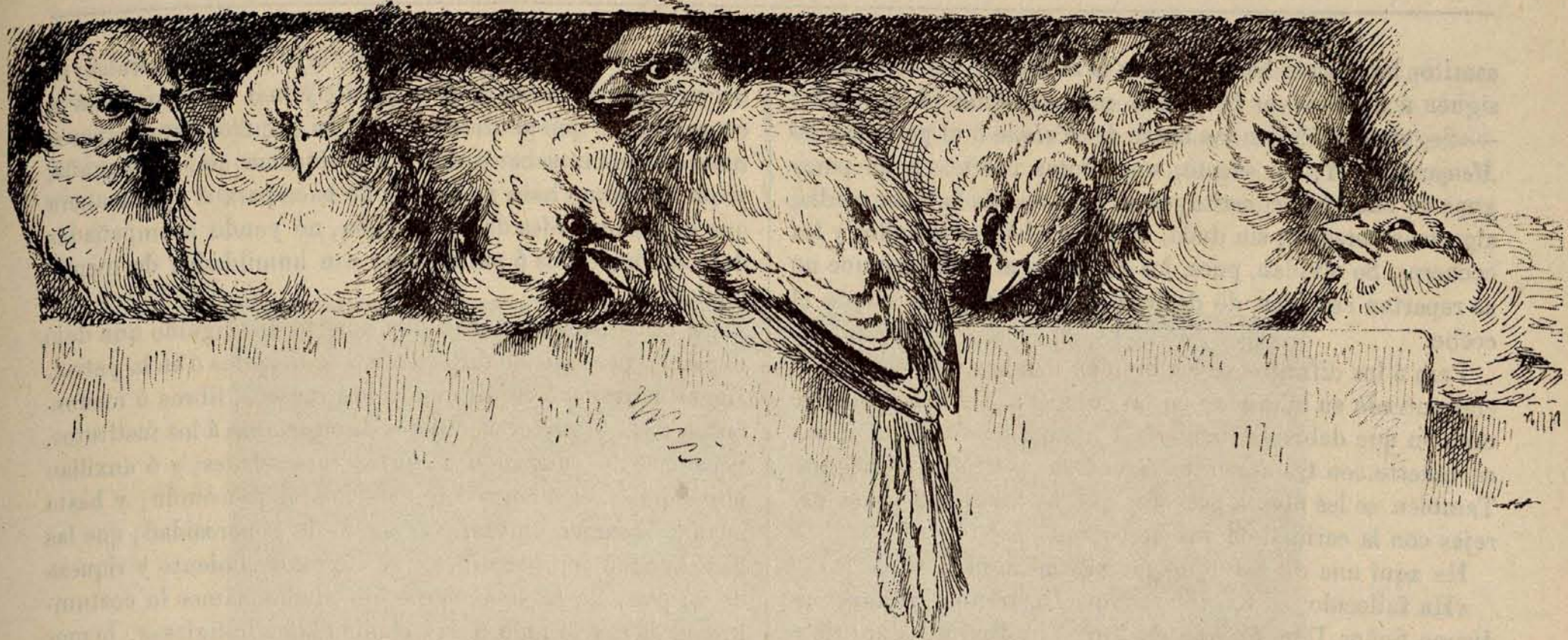
» ¿Dejaste de ser mora mansión del Islamismo?
¿Esclava del cristiano? No pudo nunca ser;
Que llevas en tí el sello de antiguo orientalismo,
Nacida para emblema de eterno sensualismo,
Es tu recinto mágico el nido del placer.»

.....
Enmudeció la Musa; la luz de blanca aurora
Borró con tintas suaves la extraña aparición:
Llegó hasta mí un suspiro desde la costa mora,
Y obscura golondrina, su fiel embajadora,
Tradujo en dulces trinos, alegre, su misión.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.



EL DESCANSO DE LA FAVORITA.—Dibujo de D. Manuel M. Bringas.



« LA BÊTISE HUMAINE »

SEGUNDA PORCIÓN (1)



No se reparten esquelas.

Las majaderias humanas, que parecen patrimonio de los vivos, suelen trascender en ocasiones á los muertos. Y es que ni siquiera los muertos se sustraen al espíritu de imitación y á la servidumbre de la vulgaridad.

Constantemente se lee en los anuncios de defunciones notables la cláusula de que no se reparten esquelas por encargo expreso del difunto. Esto, que á primera vista resulta humilde, no es en la práctica sino una guerra sorda contra los litógrafos. Antes, al ocurrir un fallecimiento, se volaba á la litografía para que, en el más breve espacio posible, un papel impreso anunciase á deudos y amigos la ocurrencia fatal; y al pedirles oraciones, pedíaseles también su concurso en el acto terrible de dar sepultura al muerto. Los litógrafos tenían las piedras preparadas con su orla y su cruz; un calígrafo permanecía de centinela para acudir á este servicio á la media noche; el tórculo entintado aguardaba la plancha para reproducir ejemplares; los sobres estaban hechos, los

repartidores prevenidos: era un gusto espirar, sabiendo que á las pocas horas habian de emocionarse con la noticia las contadas personas de nuestro verdadero afecto y especial cariño. Podíase estar seguros de que al recibir la esquila, el que menos habría de decir: ¡pobre Fulano! y los más llevarse las manos á los ojos para recoger sus lágrimas.

Hoy, por el contrario, se anuncia el fallecimiento á todo el mundo, lo mismo al que ha de encogerse de hombros y decir, ¡á mi qué! que al individuo ausente de la familia, cuya sorpresa puede ser horrorosa. Largas filas de anuncios mortuorios en los diarios de gran circulación, trasunto ya de los nichos alineados en los cementerios, ocasionan plegarias como las siguientes:—«¡Qué apellido tan raro! ¡Por allá nos aguarde larga fecha! ¡Apenas tiene cruces! Éste debía ser tonto», etc., etc.

Pero, eso sí; no se reparten esquelas: la humildad sobre todo. Hasta por economía es útil este método, puesto que acrece la herencia de la familia. Las esquelas cuestan treinta ó cuarenta reales, y los anuncios de los periódicos suelen costar treinta ó cuarenta duros: en cambio las esquelas no podían menos de leerse al recibirlas, y los anuncios suelen escaparse á la investigación del más interesado.

Humildad hemos dicho: ¿quién duda de la humildad que envuelve la prohibición de repartir esquelas? No hay sino leer el final del anuncio en que *se suplica el coche*. De las esquelas puede prescindirse por expresa voluntad del difunto; del coche no, aunque vaya vacío. ¿Qué clase de entierro es ése en que no caminan muchos coches detrás? Cierto

(1) Véase el *Almanaque* de 1890.

escritor humorista ha dicho que el relato de los coches que siguen á un cadáver le parece ccsa así como si se dijese: —«Seguían al féretro las botas de *Fulano* ó el paraguas de *Mengano*.»—Y, en efecto, unas botas fuertes y un paraguas en buen uso constituyen el carruaje de la clase media, algo más personal, sin duda, que el coche, los caballos y los cocheros. Se olvidan, pues, los difuntos, al encargar que no se repartan esquelas, de decir que tampoco se suplique el coche.

Pero á los difuntos se les olvidan muchas más cosas. Re-concentrada su humildad en la guerra á los litógrafos, no caen en que debían extenderla á la prohibición de anunciar su muerte con tratamientos ostentosos y títulos mundanos. También se les olvida prevenir que su humildad corra parejas con la caridad de sus herederos.

He aquí una de las notas mortuorias al uso:

«Ha fallecido el Excelentísimo, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don *Fulano de Tal*. Era Duque, Marqués y Conde; Grande de España de primera clase; Gentil hombre de Cámara con ejercicio y servidumbre; Senador del Reino por derecho propio; estaba condecorado con infinitas grandes cruces, y era muchas veces benemérito de la patria; descendía de los Alburquerque, Padillas, Córdovas y Guzmanes; deja en nuestro país un vacío difícil de llenar», etcétera, etc.

He aquí ahora una nota moderna que podía sustituir á la antigua:

«Ha fallecido Don *Fulano de Tal*. Lega la quinta parte de sus bienes á los pobres; educó y dió oficio á varios huérfanos; fundó una escuela; instituyó dotes para los criados que le habían servido con fidelidad y virtud; pide perdón á los que haya podido ofender, y agradece desde luego los sufragios que por su alma le dediquen su familia, sus amigos y los menesterosos.»

De estas dos notas, la primera resulta elegante, y la segunda tal vez un poco pedestre; pero respecto al vacío de la una, debe advertirse que fué el que llenó el difunto por muerte de su padre, y el mismo que llena su hijo por muerte de él, poco difíciles en verdad; mientras que la segunda nota lleva tras de sí nobles ejemplos, estímulos provechosos y memorias imperecederas.

Todo es irse acostumbrando á ciertas fórmulas de redacción; y así como los moribundos han tomado la costumbre de decir que no se repartan esquelas, pueden ir tomando la de encargar que se reparta dinero. Costumbre por costumbre, ¿no van perdiendo ya la de pedir que se les entierre con hábito de fraile? Antiguamente exhortaban á la caridad en las últimas horas el sacerdote y el notario; pero prohibida la herencia á éstos, para evitar abusos, bien pudo ordenarse por la ley misma que si no pedían para sí pidieran para otros, y á la manera que al testador se le pregunta de oficio qué deja para la *Obra Pia*, y siempre deja algo, podría preguntársele qué deja para los pobres, porque no es verosímil que á tan solemne pregunta contestase: «nada», y si es de temer que quien no era liberal en vida sea tacaño hasta la hora de la muerte.

Sugiérenos estas reflexiones la experiencia de lo que ocurre á cada momento. Mueren entre nosotros personas riquísimas que se contentan con dejar ordenado, como tributo de piedad, que no se repartan esquelas, ó que se les

entierre en el suelo, ó que no haya lujo en sus funerales; es decir, virtudes todas de poco costo, y más ocasionadas á la conservación que al derroche de su peculio. Estos señores muertos debían saber que á la Providencia no se la engaña, y que el que no hace para otros no hace para sí; por manera que sus humildades de ultratumba, no yendo acompañadas de actos benéficos ó patrióticos, son humildades de mentirijillas.

En otros países, apenas hay muerto distinguido que deje de haber pensado al testar en sus semejantes ó en la patria. Legan pinturas ó esculturas á los museos, libros ó manuscritos á las bibliotecas, objetos de enseñanza á los institutos, pensiones de educación á ciertas capacidades; y ó auxilian obras públicas ó conceden derechos al procomún, y hasta cuando incurren en extravagancias de generosidad, que las hay, ayudan indirectamente al engrandecimiento y riqueza de su país. En España, desde que abandonamos la costumbre de dejárselo todo á las comunidades religiosas, hemos adoptado el sistema de no ofrecer nada á nadie, ú otro más cómodo y egoísta á la vez, el de no testar. Con pretexto de atender á sagrados deberes de familia, deberes que alguna vez desatendimos en las prácticas del mundo, entregamos la hacienda á herederos no siempre afectuosos, los cuales de ordinario se resisten á proseguir las caridades del muerto, si las tenía, ó destruyen y malvenden el fruto de su aficiones que en poder de la colectividad iría contribuyendo al esplendor del Estado.

Hay, pues, que variar la noción de los deberes sociales á la hora de morir. Santo y bueno que se les deje á los hijos y personas de nuestro afecto la masa casi absoluta de los bienes que se posean; pero no se lleve este principio egoísta, que egoísta es desde que se reconcentra en uno propio, á los límites de una exageración miserable y poco cristiana. La humildad, para ser virtud, ha de ir acompañada de la caridad; y esos que se creen humildes porque no reparten esquelas, se parecen á aquel que testaba en esta forma:

«No tengo nada. Debo mucho. El resto, para los pobres.»

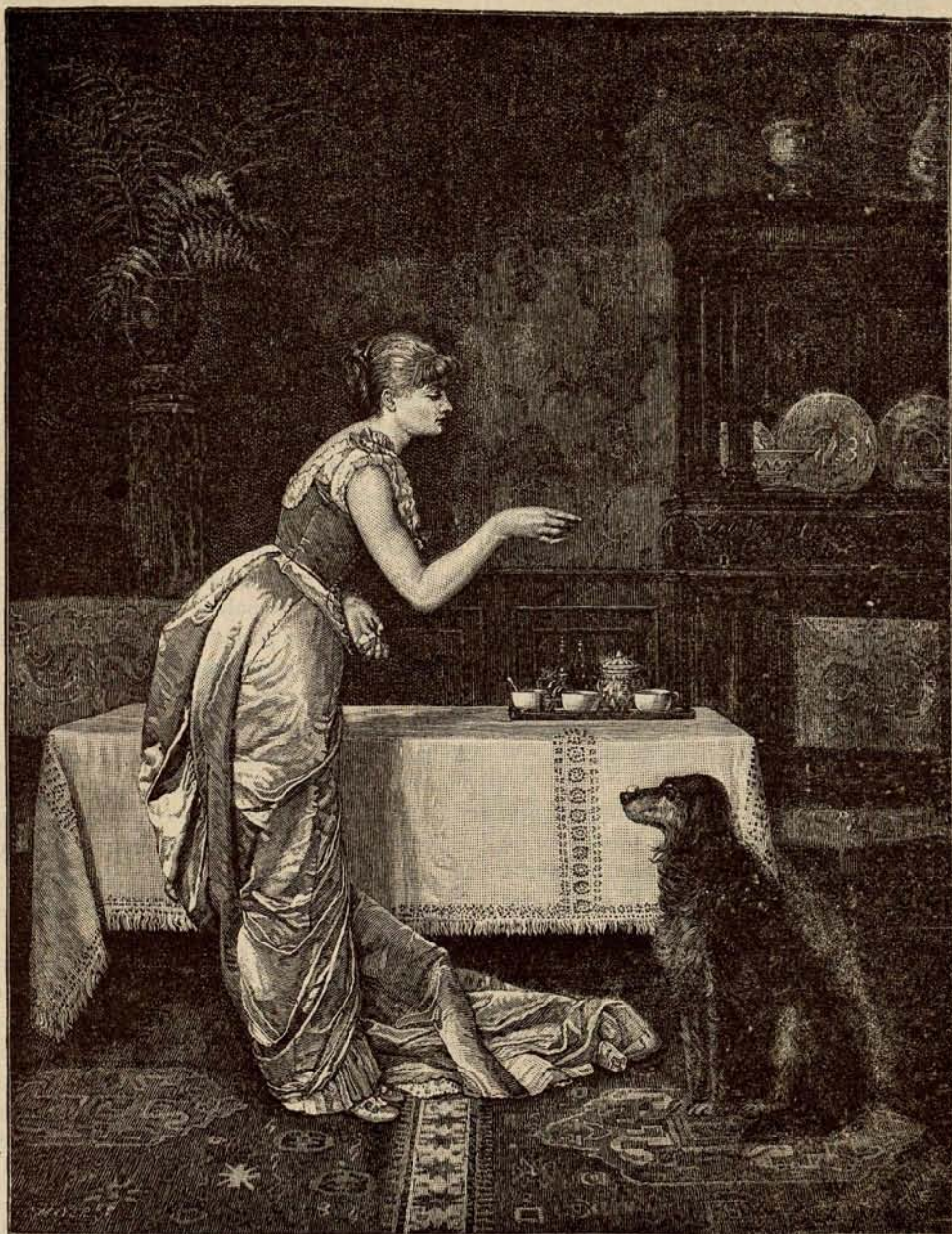
La policía secreta.

Hay en el mundo una institución que no pertenece al orden civil, ni al militar, ni al eclesiástico, ni al de la justicia, ni al de las artes. Tampoco pertenece á la aristocracia, ni á la mesocracia, ni á la democracia, ni al pueblo, ni á la plebe. Es una institución híbrida, multicolora, expósita, sin antecedentes ni consecuentes, sin presupuesto de subsistencia aunque come, sin fórmula de trabajo aunque se agita, sin examen ni título aunque ejerce, sin personalidad y sin nombre aunque vive; una institución, en fin, misteriosa, sombría, impalpable, especie de microbio humano que se introduce no se sabe por dónde y ejecuta no se sabe qué, pero que sirve no se sabe cómo para garantizar la propiedad, la familia, la religión, el sosiego, la honra y la fortuna de los ciudadanos. El lector, por torpe que se confiese, no habrá podido menos de reconocer que se trata de la policía secreta.

Al policiaco secreto, cuando es masculino y transeunte, no lo conoce nadie, porque si se le conociera dejaría de ser policiaco, y, sobre todo, secreto. Ese hombre, pues, mezcla

de clase media y de pueblo bajo, con ropas en buen uso, aunque á estilo y corte de prendería; cadena de reloj en níquel ó acero, larga y ondulosa; bastón gordo y claro en el cual parece que se oculta un pincho de consumos; fisonomía afeitable dos veces por semana; lento andar y mirada escru-

viduos de su especie, para cambiar monosílabos ó dirigir una ojeada sobre los que transitan; circula en un estrecho radio de la ciudad, donde es mayor el concurso público, ó donde el concurso público se aglomera con cualquier pretexto; en el invierno se diría que lleva un arma debajo del abrigo,



¡CUIDADITO!—Cuadro de C. Mayer.

tadora, lindando con simple; ese hombre no pertenece ni puede pertenecer á la policía secreta. Vive en la inacción, quizá porque es cesante con ahorros ó marido de mujer que trabaja; frecuenta los cafés, porque conoce á los mozos, ó por pasar el rato; no habla con nadie porque tiene pocas relaciones ó por prudencia; si alguna vez forma corro, es con indi-

pero en verano la disimula más, pues apenas se le conoce un bulto hacia el costado ó un objeto en la manga. Finalmente, quien diga que conoce á la policía secreta es un embustero ó un tonto.

¿Quién ha de conocerla? Preguntad á los asesinos, ladrones y rateros: ellos os dirán que viven desorientados entre sus

perseguidores, como lo prueba que alguna vez los roban por equivocación ó les dan de palos sin saber lo que hacen. Ha sido una buena idea esa de que la autoridad se despoje de todo prestigio externo para ejercer mejor su bienhechora influencia; algo así como del lobo que se viste de cordero para que se lo coman los otros lobos; buena idea, ciertamente, buena idea.

La sociedad la ha tomado de los gobiernos, ó, por mejor dicho, los gobiernos deben haberla tomado de la sociedad. *La Vieja del candilejo* es el primer documento histórico de policía secreta aplicada al servicio del Estado.—Efectivamente, esa mujer que pasa la vida observando por la entreabierta ventana ó tras los visillos de su balcón lo que acontece á vecinos y transeuntes, para adquirir datos y forjarse historias que luego repite como artículos de fe, ¿no es un perfecto ejemplar de policía secreta?—Ese solterón desocupado, que entretiene los días en visitar comadres, interrogar conocidos, cazar palabras al vuelo y zurcir con antecedentes mancos y consecuencias cojas el cúmulo de novedades que de continuo ofrece á cuantos quieren oírse las, ¿no es un policiazo de primera magnitud?—Pues qué, ¿hay que disfrutar sueldo ó percibir interés para revolver el mundo por gusto de revolverlo, y hacerse el personaje siendo un quidam?

Doña *Fulana* se ha quedado soltera, pasa con mucho de los cuarenta años, y no disfruta grandes atractivos femeniles. Por las noches acude desde primera hora á la tertulia, se sienta y habla poco; pero ¡qué miradas sobre los ojos de Pepita, qué observaciones sobre las sonrisas de Juanito, qué reparos con las toses del militar, qué cuenta con el sitio en que se coloca el marqués, qué alza y baja de los trajes de todos, qué apuntes, qué tijeras para levantar el pellejo al día siguiente á sus queridos amigos en la porteria de las *Cuarenta horas!* Eso se llama ser policiaza de afición, ó si se quiere, de plantilla.

Peranzules es joven y haragán; por consiguiente, ha perdido la carrera. No sabiendo escribir, se echa á redactor de periódicos, y como en el ejercicio de la profesión le estorba lo negro, acepta el papel de buscar noticias. Él es el autor de esos sabrosos artículos en que abunda la prensa contemporánea, y que por ejemplo dicen:—«Anoche estuvo el general *Citano* más de una hora con el Ministro de Marina á puerta cerrada. Se hacen muchos comentarios sobre esta conferencia.—Ayer llegaron por el Norte el Duque, la Duquesa y sus hijos, dos frailes franciscanos y un destacamento de tropas.—Se han repartido papeletas para una reunión mañana en el círculo X. Aun cuando los socios guardan gran reserva sobre el objeto de esta junta, corren rumores de que ha de ser interesante.—Han recibido la bendición nupcial de manos de un virtuoso sacerdote, la simpática señorita R. y el aplicado joven Q. Fueron padrinos el padre de la novia y la madre del novio, quienes después de derramar abundantes lágrimas, se fueron á almorzar al *Caballo blanco*.»—Ya se ve, el hombre no ha pasado de la puerta del Ministerio, ni del andén de la estación, ni del atrio de la iglesia, ni le dan cuenta de nada sino á retazos; es un policía perdiguero, que corre, se para, husmea y escribe. ¡Pero qué policía tan útil en nuestra época! Sus chismecillos constituyen uno de los mayores encantos de la generación actual, pues, según ha dicho un filósofo, nada es

tan interesante como contemplar un edificio tras de cuyas paredes se supone que debe pasar algo.

La policía secreta, masculina ó femenina, puede ser comparada con esas salsas picantes que se aplican modernamente á los condimentos, y sin las cuales parecen sosos todos los guisados. El día en que la sociedad caminara por sus trámites naturales, sin que ciertas gentes, por afición las unas, retribuidas las otras, ejercieran una vigilancia sobre las demás, para que con un gesto de aquí, un guiño de allí, una palabra suelta de otro lado y la aguda inventiva del curioso observador se formasen historias que, aun cuando no fuesen ciertas, fueran verosímiles; ese día el mundo, lejos de progresar y ser divertido, retrocedería á los tiempos bucólicos, en que los hombres no sabían qué hacerse. El mayor adelanto de la especie humana consiste en espíarse unos á otros, para que el segundo y el tercero cuenten al primero lo que el tercero y el primero han averiguado del segundo. De este modo hay tanto que hablar, tanto que escribir y tanto que leer. Desterrad de un pueblo la chismografía, y adiós, pueblo; desterradla de la política, y adiós sistema representativo; desterradla de las naciones, y adiós historia universal. Eso de la *balsa de aceite* es una agrupación de criaturas en que nadie se meta más que en lo que le importa.

No es, pues, la policía secreta una de esas instituciones que hay que mirar por encima del hombro. Desde su representación más sublime, que la constituyen la diplomacia y la estadística, hasta el mozo que vimos por la plaza disimulando su oficio, la policía secreta nos abarca y oprime por todas partes. Los parentescos temibles, la suegra y los cuñados, son policía secreta; la doncella de la señora y el ayuda de cámara del señor, policía secreta también; el mozo de recados y el portero, policía secreta; son policía secreta la modista y el sastre, el vecino de enfrente, el tendero de comestibles; pero ¿qué más? lo son el médico y el sacerdote; sólo que éstos, al fin y al cabo, el uno cuida de la salud del cuerpo, y el otro se dirige á la salud del alma.

Cantidad y forma.

Los contrasentidos humanos se reducen ordinariamente á cuestiones de forma ó de cantidad. Meditemos.

¿Qué diría el lector si le asegurásemos que hemos visto á un coronel de la Guardia civil, vestido de uniforme, con la cruz laureada de San Fernando al pecho, oírse llamar en público canalla, sinvergüenza y cobarde, y que se lo tragó todo como un recluta? Diría que aquellos insultos se le dirigieron por un demente ó por un borracho. Pues no, señor; ni ebrio ni loco era el que se expresaba así. Fué un majo, que al atravesar el tendido de una plaza de toros tropezó y se dió de bruces contra una vieja, ante lo cual los de la grada de encima soltaron á reír. Rehecho el hombre, se encaró con los de arriba y les dijo:—«Todos los que están en esa grada son unos canallas, sinvergüenzas y cobardes; y si alguno es hombre, que baje aquí y nos veremos.» El coronel estaba entre los insultados; recibía la calificación de canalla, sinvergüenza y cobarde; pero como entre tanta gente tocaba á poco, se calló.

Cuestión de cantidad.

—¿Comprarian ustedes en una almoneda ropas de cama usadas?

—No, señor.

—¿Y peines servidos?

—Mucho menos.

—Pues no duerman ustedes nunca en ningún hotel, ni entren á peinarse en ninguna peluquería.

Cuestión de forma.

Pedir á una señorita honrada correspondencia amorosa por veinticinco duros al mes, es más que un agravio; es una injuria, casi un atropello, en el cual deben intervenir para su castigo todos los hombres de la familia. Pero si en vez de un aspirante sin fortuna, aunque sea muy discreto y muy guapo, se presenta un vejete de mala vida y costumbres, con corona nobiliaria y miles de duros de renta, entonces es una dichosa ventura la que se entra por casa, á cuyo logro deben contribuir deudos y amigos.

Cuestión de cantidad.

A un señor que tenía una habitación muy hermosa, pero con un ropero muy chico, se le ocurrió cubrir las paredes de éste con puertas de armario provistas de cerraduras y goznes. Todo el que entraba allí después, decía: «¡Qué ropero tan grande!»

Cuestión de forma.

—¿Se bañarían ustedes en el agua de una tina donde se hubiese bañado otro?

—No, señor.

—¿Y en una alberca donde se bañase un regimiento?

—Mucho menos.

—¿Y en una playa del mar?

—¡Oh! eso sí.

Pues en la playa se recogen las suciedades de cientos de bañistas y las que traen las olas de otros muchos lados; pero como hay tanta agua, se toca á poco.

Cuestión de cantidad.

Una señora mandó hacer á su cocinera arroz con leche para cuatro personas, cuando de improviso se le vinieron tres convidados más. Ella, sin inmutarse, dió orden de que en vez de volcar la cacerola del arroz en una fuente, la volcaran en un plato á modo de cucurucho, reforzado con huevo y harina. Y resultó que, si como arroz con leche no

había para siete porciones, como *pudding* de arroz se pusieron todos los convidados y sobró la mitad.

Cuestión de forma.

—Necesito que me preste usted dos mil duros.

—¡Hombre, no puedo!

—Mire usted que es cuestión de honra.

—Lo siento; pero me es imposible.

—Mire usted que me voy á pegar un tiro.

—Lo siento mucho más; pero no tengo esa suma. ¡Si fueran dos mil reales!.....

—Démelos usted, é iré pidiendo á otros amigos para salvar mi honor.

Y el hombre da dos mil reales, muy contento, el día en que no hubiese prestado á nadie una peseta.

Cuestión de cantidad.

A un propietario rico dejan de pagarle unas rentas, y al cabo de cierto tiempo no se acuerda del cuándo ni del cuánto. Pero un día que estrena frac para un banquete, se lo mancha el criado de grasa. Veinte años después, dice el hombre:—«¡No saben servir! ¡qué brutos! A mí me mancharon un frac nuevo en la boda de D. Fulano.» El frac valía cuarenta duros, y las rentas importaban cuarenta mil reales. Pero ¡qué bruto el criado aquél! ¡qué bruto!

Cuestión de forma.

No concluiríamos nunca si fuésemos á aducir todos los ejemplos que se nos ocurren. Bastará, por vía de indicación para encontrarlos, exponer aquí dos apotegmas que andan en boca de todo el mundo:

PRIMERO.

«Yo no perdonaría jamás una bofetada. ¡Si fuese un bastonazo!»

Cuestión de forma.

SEGUNDO.

«Yo no me empringo en una porquería. ¡Si fuese una fortuna!»

Cuestión de cantidad.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.





ALEGRÍA

(POEMA)

CANTO QUINTO

I.

Sedienta de rocío
Se entreabre la tierra, recocida
Por los últimos soles del estío;
Muere, por las arenas absorbida,
La fuente que antes engrosaba el río;
Nubla la luz el humo del rastrojo;
Del bosque la frondosa cabellera
Se va tiñendo de amarillo y rojo,
Y parece que escápase la vida
Tras el ave de estío pasajera
Que en busca de su tierra prometida
Las alas fugitivas acelera.

Mas si áridos los montes y campiñas,
Afrentando á las verdes esmeraldas,
Aun tienden de las lomas por las faldas
Sus retorcidos pámpanos las viñas,
Y el racimo apretado,
Encendido el color, se acaramela

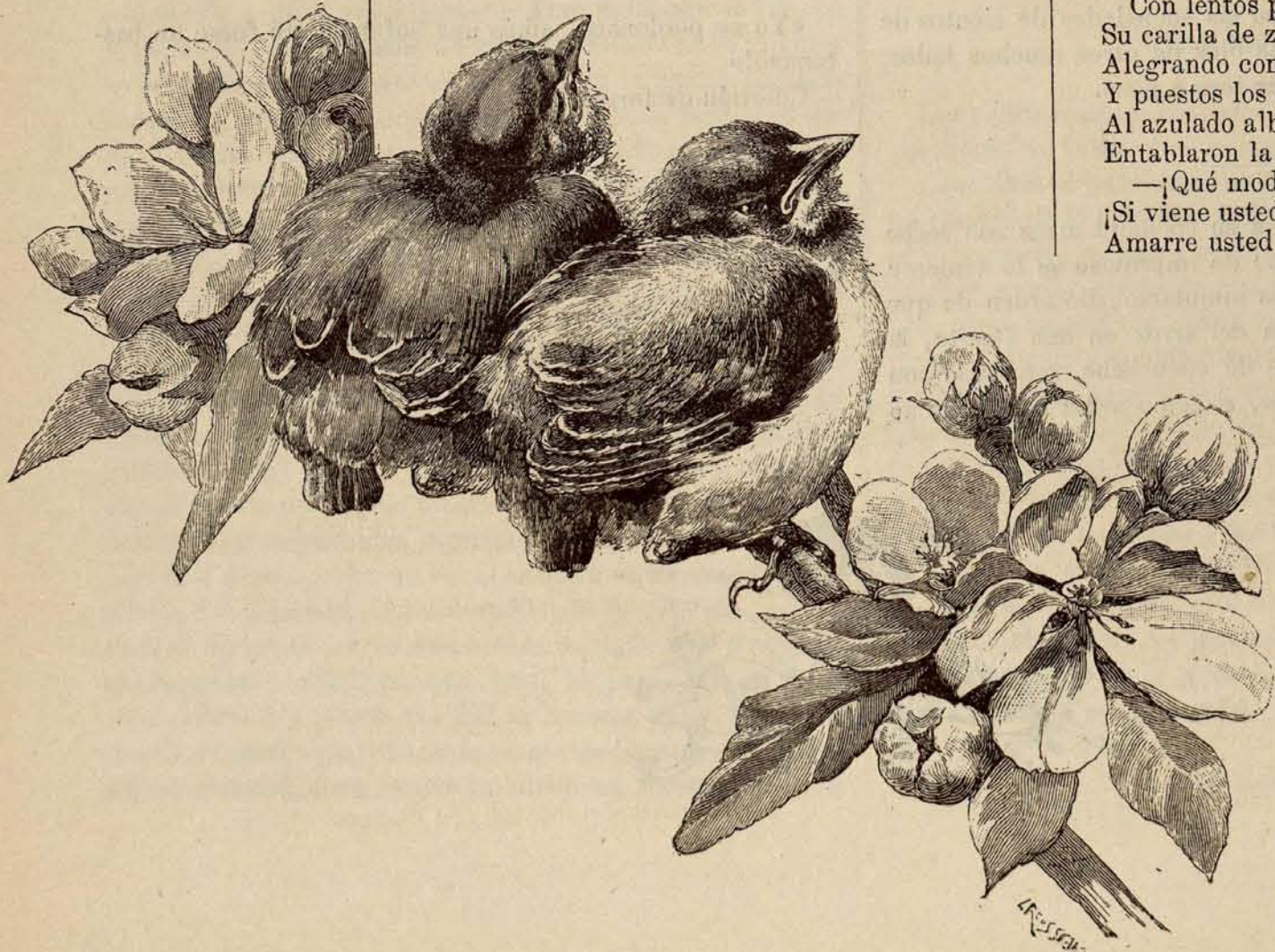
Por los rayos solares retostado,
El robusto olivar sus ramas mece,
Oreando su fruto regalado,
Que al madurar se ablanda y ennegrece;
Esparce su perfume el membrillero,
El jugoso abridor se aterciopela,
Se reviste de azahar el limonero,
Y por ricos azúcares hinchada,
Como boca que se abre á la sonrisa,
Revienta la dulcísima granada.

II.

—¡Alabado sea Dios!
—¡Por siempre!
—¡Aprisa!—

Caballero en un burro
Gritaba, golpeando con su porro
La carcomida puerta de un ventorro,
El viejo cabrerizo señó Curro.
Con lentos pasos acudió el ventero,
Su carilla de zorro
Alegrando con gesto zalamero;
Y puestos los dos héroes frente á frente,
Al azulado alborear del día
Entablaron la plática siguiente:

—¡Qué modo de llamar, Ave María!
¡Si viene usted más súbito que un tiro!
Amarre usted la bestia á la ventana,



Entre y tome respiro,
Que va á ser calurosa la mañana.
—No puedo, señor Juan, traigo ganado.
Y, hambriento como va, se descarria
Y se zampa á comer en lo vedado.
—Déjelo usted engordar á costa ajena!
—¡Gran cuenta me tendría!
Mas eche, señor Juan, del champurrado.
—¡Ahí va una copa llena!
—¡Jesús, qué amargo sabe!
—¿Qué dice usted? El paladar le engaña.
¡Si es un licor más dulce que el jarabe,
Hecho por mí con marrasquino y caña!
Tome otra copa y lo hallará süave.
¿Lleva usted muchas reses á la feria?
—Todas las cabras de señor Jeromo,
Que camina á buen paso á la miseria.
—¿No se encuentra mejor?
—¡Ni por asomo!
Tan consumido se halla el pobre viejo,
Que tiene despegada
De las carnes la piel como el conejo.
—¿Y su casa del pueblo?
—Está cerrada.
—¿Á su nieta no ha visto?
—Ni la verá por nadie ni por nada.
—¡Qué tesón tiene el viejo, voto á Cristo!
Él dice que es un hombre de conciencia,
Que al ver su honra perdida
Imposible se le hace la existencia.
—Amar la honra hasta perder la vida
Es dejar la candela por el humo.
Bueno es quererla, sí; mas la naranja
No ha de estrujarse hasta que amargue el zumo.
Menos la muerte, todo mal se zanja.
—Eso ansío meterle en la cabeza,
Pero ¡quíá! no le alegro;
El quererle sacar de su tristeza
Es más inútil que lavar á un negro.
—Quizás el casamiento de la moza.....
—¡Quite usted! La perrada de su hijo
Es lo que más el alma le destroza.
—¿Pero sabe?.....
—Un malvado se lo dijo.
—Ahora sí que en su negra angustia creo.
¡Pobre señor Jeromo!
—Tanto sufre, que el día en que le veo
Se me vuelve vinagre lo que como.
Vaya, echemos la espuela.
—¿Tan pronto? ¡Qué presura! ¡Ni el correo!
—¿No ve usted que ya el sol viene que vuela?
¡La paz de Dios, amigo!
—¡Vaya usted con la Virgen, señor Curro!

III.

Platicando consigo
En la trastienda se metió el ventero;
El hato congregado ante su burro,
Hacia la aldea lo aguijó el cabrero,
Y como sale el hierro de las fraguas,
El sol enrojecido
Se levanta del seno de las aguas.

Á unos veinte minutos de la aldea,
Á orillas de un atajo concurrido,
Aquel albergue venteril blanquea.
Un corralón, en huerta convertido,
Con sus frescos verdores lo hermosea,
Y alégralo el simpático chirrido

De una noria abundante,
Que presta dulce savia á la hortaliza,
Copioso abrevadero al trajinante
Y rocío cristiano
Al vino, que el ventero allí bautiza,
Porque no entre en su casa mahometano.
Hace parada allí todo arriero,
Y por tenerlo á mano
Visítalo también el marinero.
Murmúrase que sirve de escondrijo
A cualquier infeliz contrabandista
Que echa en la playa próxima un alijo;
Y cuenta de sus socios en la lista
Á la gente á comer aficionada,
Por no haber otro que aderece un sollo,
Aliñe un salpicón y una ensalada,
Haga una caldereta ó guise un pollo
Con el primor y gracia que el ventero;
Artista culinario tan sencillo,
Que halaga el paladar del pueblo entero,
Sazonando los guisos con hinojo,
Almoraduj, orégano y tomillo,
Jamones, como él dice, de rastrojo.
Si triste el interior del ventorrillo,
Como viejo caduco, por afuera
Sonríe con la gracia de un chiquillo.
Allí el asno que tira de la noria
Revuélcase, respinga, y si se altera
Prorrumpo en arrebatos de oratoria;
Cacareando en su jaulón de caña,
Un gallo inglés se vuelve á todos lados
Alguien buscando en quien saciar la saña;
Roncan, puestos al sol, dos perros fieles;
Cantan los jilguerillos embragados
Que sirven en la caza de cimbeles,
Y una urraca doméstica (ladrona
Que se süele encontrar lo no perdido
Lo mismo que si fuera una persona)
Del gato, su rival, teniendo enojos,
Al punto en que lo juzga adormecido
Corre callada, pícale en los ojos,
Y al tejado subiéndose de un vuelo,
Chilla sin fin como asustada monja;
Mientras el gato bufa enfurecido,
Hinca las corvas uñas en el suelo,
El lomo enarca, y cual erizo esponja
Su finísima piel de terciopelo.

IV.

Pensando en su entrevista
Con el cabrero, se encontraba solo
Aún señor Juan, cuando al alzar la vista
Hallóse frente á frente con Manolo;
Y aunque hombre, por su oficio, acostumbrado
Á bregar con jayanes y bribones,
Evitar no logró que el desagrado
Contrajese sus ásperas facciones.
Manuel, como un doctrino,
Cortado y mudo, se plantó en la puerta
Con la vista clavada en el camino;
Pero el ventero astuto,
Lince ó grulla en hallarse siempre alerta,
No apartaba los ojos de aquel bruto,
Dispuesto á defender, cual fiera brava,
Temeroso de un robo, el dinerillo
Que en el cajón del mostrador guardaba.
De este negro pensar sacóle á poco,
Moviéndose y chillando como un grillo,
El rapabarbas ruin, que con descoco

De repente se entró en el ventorrillo.

—¿Sabe usted, señor Juan, á lo que vengo?—

Dijo, sin esperar pregunta alguna.—

De un empeño que tengo

A que me saque pronto y con fortuna.

Prometí una merienda de marisco

A mi parroquia, y ni una cañadilla

He podido encontrar. ¡No va á ser cisco

El que me arme á la noche mi pandilla!

¡Ya la conoce usted! Bastián el tuerto,

El fiel y el contador de los consumos,

El hijo del alcalde, don Mamerto.....

¡Gente de pelo en pecho y muchos humos!

Con que me dije: «Es menester que vaya

A ver si señor Juan, que las primicias

Recibe diariamente de la playa,

Con bocas ó cangrejos me da albricias.»

Déme usted bogavantes, ostiones,

Almejas, langostinos..... me contento

Con gambas, ó si no con camarones.....

Con algo que del mar eche el aliento,

Erizo, lapa, morcillón, coquina... .

—¡Jesús, qué despilfarro!—

Le interrumpió el ventero—para el carro

Y no me toques más á la marina.

Pollos tengo, aceitunas,

Queso emborrado, longaniza, lomo.....

¿Pero bichos de mar? en estas lunas

Ni regalados que los den los tomo.

¿Quieres que te haga un guiso de carnero?

—Ni de perdices, vaya.

Marisco ó nada—contestó el barbero.

—Pues á buscarlo tirate á la playa—

Amostazado replicó el ventero.

Cambió de tono entonces el tunante,

Y dijo:—Pues tomemos aguardiente.

Manolo, ¿quieres ser mi acompañante?

Pues vámonos adentro, que aquí fuera

Hace un calor que el diablo que lo aguante.—

Y encerrados los dos en un cuartucho,

Habló de esta manera

A Manuel aquel pérfido avechuchu:

—Que fui siempre tu amigo

Y que lo soy, Manolo, todavía,

Te lo prueba el que vengo á hablar contigo.

Hoy es el casamiento de Alegría.

¡No te alteres así! Vamos, cachaza.

¿No da lo mismo ahora que otro día?... .

Perico llegó ayer. Hijo, en la plaza,

De orgulloso que viene no cabía.

¿Que es un tuno dirás? Pues la Marquesa

Que, cual todos los ricos y beatos

Sólo por los pillastres se interesa,

Está loca por ese pelagatos.

Librólo del servicio,

Y esta tarde lo casa con la niña.

¿No es, dime tú, para perder el juicio

El que esos dos bribones

Que están matando á penas á tu padre

Y te han perdido á ti, sin más razones

Se metan en la casa de tu madre?

¡Lo que te digo, sí! Tras la comida

Que la Marquesa les dará en su casa,

A la tuya se irán de recogida.

¡No te exaltes! Paciencia.

¿Qué te importa? Hazte el bobo,

Que no hay mejor virtud que la prudencia.

Asómate, Manuel, al ventanillo.

¿No es el cura el que pasa en aquel mulo?

¿Adónde irá ese padre zarandillo?

Sin duda á confesar á Juan, *el Chulo*,

Que muriéndose está de tabardillo.

¡Ya se ve! mayoral de la Marquesa,

¿Cómo no iría á visitarlo el cura?

Al pobre, por quien nadie se interesa,

No le dan confesión ni sepultura.

Con que ya sabes; á las siete, boda;

A las ocho comida, y á las once.....

—¡Calla!—gritó Manuel enfurecido—

Si á estacazos no quieres que te tronce!

—¡Pues no se me incomoda—

Articuló el barbero sorprendido—

Cuando para evitar una desgracia

Y á consolar su espíritu he venido!

Ayer, para mi sayo, me decía:

«Ya que Manuel no tiene quien le imponga

De la suerte que corre su Alegría,

Yo se la iré á decir, aunque me exponga

A que murmuren de la fama mía.»

Te cito, te hablo, de tu mal me duelo.....

¡Y me das este pago

Cuando vengo á servirte de consuelo!

—Estoy loco, no sé lo que me hago—

Manuel balbuceó;—gracias, amigo.—

Y perdida la calma,

Al campo se lanzó por el postigo,

De veneno mortal henchida el alma.

Tras mucho alborotar, fué el barbero,

Que estaba, por la pita, entre dos luces,

A quien al irse le gritó el ventero

Haciéndole mil cruces:

--Anda con Dios, y muda de sendero,

Ó en los infiernos te hundirás de bruces;

Que tienes una lengua, niño mio,

Más ardiente que caldo de altramuces,

Que, como el vitriolo, quema en frío.

Si sigues con injurias y denuestos

A cuanto Dios crió, ten por seguro

Que has de morir con los zapatos puestos.

No te acuerdes de mí ni de mi venta;

Que aunque soy hombre yo que no me apuro

Por mucho que retumbe una tormenta,

El día maldecido en que te veo

De que vi á Lucifer me hago la cuenta,

Pues me queda en el alma el cosquilleo

Que produce en los labios la pimienta —

Siguió impávido el mozo su camino

Y se perdió entre verdes olivares;

El ventero á su hogar volvió mohino

Comentando del día los azares,

Y convertido en húmedo bochorno

Por el viento marino,

El calor del terral, que era el de un horno,

Espesa nube que del mar venía,

A poco sobre el campo mortecino

En fresco chaparrón se deshacía.

V.

Entretanto en la hacienda de Jeromo,

Sentados á la puerta del sombrero

El viejo en un chupón y el señor cura

En un dornillo puesto boca abajo,

Hablaban de esta suerte:

—La amargura

Es la piedra de toque de las almas.

Sólo ante Dios es bueno

Y blandir logra victoriosas palmas

Quien sufre los dolores resignado.

Quien no abrigó desgracias en su seno

Y de ellas no salió purificado,



DIANA CAZADORA

Un santo podrá ser, pero no puede
 A boca llena blasonar de honrado.
 —Ni oyendo á su merced mi angustia cede.
 Es, señor cura, mi pesar tan hondo,
 Que no hay poder humano ni divino
 Que alcance á llevar mieles á su fondo.
 Sembré alazor y me salió anapelo,
 Y con la fe, perdida la esperanza,
 No querer consolarme es mi consuelo.
 —Entera pon en Dios tu confianza,
 Y en seguida darás con el camino
 Que conduce á la bienaventuranza.
 Al cielo pide luz, pobre insensato;
 Quien se erige en maestro de sí propio
 Enseña vanidad á un mentecato.
 La fe tan sólo alivia y cura el alma;
 La razón, traicionera como el opio,
 Le da veneno al procurarle calma.
 Abázate á la fe con firme anhelo,
 Y en las luchas terribles de la vida
 Hazla que tienda hacia la altura el vuelo,
 Como alondra que, al verse perseguida,
 Para salvarse se remonta al cielo.
 —¿Me toma su merced por un hereje
 Porque juzgo mis males sin consuelo?
 ¡Por la Virgen! de tal no me moteje.
 Habré sido en mi vida loco, vano,
 Charlatán, orgulloso, testarudo....
 Pero nunca dejé de ser cristiano.
 Mándeme su merced, y ciego y mudo
 Le rendiré obediencia;
 Mas no me lance al mundo, padre mío,
 Llevando la deshonra en la conciencia.
 —El rostro lleva alzado;
 La desgracia, Jeromo, no envilece
 Á quien, cual tú, está libre de pecado,
 Sino á aquel pecador que la merece.
 ¿Mejor ó peor serás porque te alabe
 Ó vitupere la opinión mundana
 Que ni siquiera sabe
 A dó camina ni de dónde emana?
 —Su merced, señor cura, me confunde,
 Pero no me convence.
 ¿Cómo, si mi deshonra se difunde,
 Querer que no me duela ni avergüence?
 Lo haría su merced, porque es un santo;
 Pero á un hombre cualquiera, señor cura,
 No le da el cielo fuerzas para tanto.
 Además, ¿por qué á mí tanta amargura,
 Mientras vive el perverso sin quebranto?
 —¡Dichosa la criatura
 Á quien sustenta Dios con pan de llanto!
 Bendice el torcedor que te sofoca.
 Cuando la angustia el corazón te oprime
 Es porque el dedo del Señor lo toca
 Y en él la cruz de su martirio imprime.
 Deja que pida á Cristo el fariseo,
 No el dolor que á su diestra nos coloca,
 Sino el placer que le mintió el deseo;
 Que le busque con gozo y ansia loca
 Para comer su pan, y que rehuya
 Llevar la hiel del cáliz á su boca;
 Que le siga con palmas é incensario
 En su entrada triunfal, y que le huya
 Cuando marcha vencido hacia el Calvario.
 Se hundirá en el abismo con asombro;
 Que para alzarse al cielo, es necesario
 Cruzar la tierra con la cruz al hombro.
 En cambio, tras la vida pasajera,
 El alma que por Dios ha padecido
 Al cielo se dirige más certera

Que la paloma hacia su propio nido.
 —No más, amado padre,
 El corazón vencido
 Con saetas divinas me taladre.
 ¡Perdóneme el Señor si le he ofendido!
 Oyendo á su merced, mi rebeldía,
 Como la nieve al sol, se ha derretido.
 La ignorancia razones me mentía,
 Y á desoir á un santo me arrastraba,
 ¡Loco de mí! cuando besar debía
 El polvo vil que su merced pisaba.
 Por ver de complacerle la manera,
 Mi pecho late ya con más anhelo
 Que el corazón del ave prisionera
 En la mano tirana de un chicuelo.
 En mi pecho ha prendido su doctrina,
 Que ser no puede, aunque el error lo agite,
 Cedazo que pasar deje la harina
 Para guardar el áspero acemite.
 ¿Qué de este viejo su merced pretende?
 —Ante todo, hijo mío,
 Que á Dios bendigas, que de nuevo enciende
 Tu corazón que aletargaba el frío;
 Que olvidando pesares y rencores
 Y perdonando con afán profundo,
 Abras tu corazón á los amores
 Y los cierres al tráfago del mundo;
 Que á aquella niña vuelvas á tu gracia....
 —¡Me ha deshonrado!
 —¡Calla! Yo la abono;
 La pobrecilla, más que su desgracia,
 Las tuyas ha llorado y tu abandono.
 —¿De veras?
 —Y repite sin consuelo
 Que honrada ser no puede ni dichosa
 Si no la vuelve á bendecir su abuelo.
 Marchitándose va como una rosa
 Por causa tuya....
 —¿Mía?
 —¿No te digo
 Que es su vida una muerte dolorosa
 Por no poderla compartir contigo?
 —Sin razón, padre mío, se querella.
 ¿Quién dió origen á tanta desventura?
 ¿Quién se huyó de mi casa sino ella?
 —Por eso es más terrible su amargura.
 Culpable arrepentida,
 Voraz remordimiento
 Le consume la vida,
 Y morirá la triste en el tormento,
 Á no volverle la perdida calma
 De su abuelo el perdón ambicionado,
 Que daría en el fondo de su alma
 Como lluvia de Abril en el sembrado.
 —¿Es necesario? Bien. Yo la perdono.
 —Pero no así, no á medias,
 No con esa altivez y falso entono
 De galán de comedias.
 —¿Pues cómo se perdona, señor cura?
 —Bajándose al caído
 Para elevarlo á nuestra misma altura.
 —Dar perdón tan humilde y tan rendido
 Á esa traidora, de lo humano pasa.
 —¿Cómo la ha perdonado su madrina?
 Su corazón abriéndole y su casa.
 Y yo ¿cómo? Evitando su ruina.
 ¡Y te vienes con falsos pareceres,
 Tú, su padre, su abuelo, el obligado!....
 ¡Acaba de decir que no la quieres
 Y de una vez habremos terminado!
 —¡Jesús! ¿que no la quiero,

Y sólo al recordarla, padre mío,
 Me dan unas angustias que me muero?
 ¿Cómo por mí no amada,
 Cuando enjugué su lágrima primera,
 La luz gocé de su primer mirada,
 Dió de mi mano su primer carrera
 Y fué, padre, mi nombre lo primero
 Que articuló con lengua chapucera?
 ¡Qué influjo en mí ejercía tan certero!
 Cuando un disgusto grave
 A rabiar me obligaba como un lobo,
 Viniendo á mí con su pasito de ave,
 Dábame un beso y me dejaba bobo.
 Cuando cerrado el porvenir creía
 Por algún contratiempo, la miraba
 Y el cielo de repente se me abría.
 Su sonrisa causábame embeleso,
 Su voz de ruiseñor me enajenaba,
 Y el sonoro chasquido de su beso
 A música celeste me sonaba.
 Trocados los papeles, no sé cómo,
 Ella la abuela regañona era,
 Y el nieto jugueteón señor Jeromo.
 ¡Iré á su lado, sí, cuando ella quiera;
 Mas antes que me jure, padre mío,
 No dejarme hasta el día en que me muera;
 Porque viejo, y enfermo y acabado,
 Se me helaría el corazón de frío
 Si otra vez se alejase de mi lado!
 Si es cierto que mi enojo la tortura,
 Que de pena está mala,
 Condúzcame á su lado, señor cura,
 Y que se vaya el mundo noramala.
 —Hoy es de feria alborotado día,
 Por eso no te llevo en este instante
 Al lado de Alegria.
 —¿Y cuándo la veré?

—Más adelante;

En ocasión que al pueblo tu presencia
 No dé que hablar.

—Me faltará el aguante.

—Cuando la veas la hallarás honrada.
 Esta tarde la caso con Perico.

—¿Con el tuno?.....

—La lengua ten atada.

Aunque algo calavera, es muy buen chico,
 Y el único además que lavar puede
 De su honor la mancha.

—¿Pero mi nieta al sacrificio accede?

—¡Tu candidez, Jeromo, maravilla!

¡Si por ese buen mozo

Está loca de amores la chiquilla!

¡La Marquesa los casa con un gozo!

¡Qué mujer tan completa!

No hay día en que no haga un beneficio.

Ella cual madre recogió á tu nieta,

Libró á ese tarambana del servicio,

Y ahora, al casarlos, á la chica dota

Y da al soldado lucrativo oficio.

—¿Es una santa!

—Lo será de nota,

Que hace el bien de manera tan sublime,

Que al triste corazón, ni aun con el peso

De la debida gratitud oprime.

—¿Cómo le pagaré tantos favores?

—Celebrando con ella este suceso.

¿La quieres complacer?

—Con mil amores.

—Pues á eso de las diez, vete á tu casa,

Que allí irán á buscarte los muchachos.

No pongas á tu amor al verlos tasa.

¡Fuera enojos y empachos!
 Al llegar, los abrazas, los bendices,
 Hablas con ellos, y á la media hora
 Serás feliz haciéndolos felices.
 ¿Irás?

—Lo juro.

—En tu palabra fio.

Adiós entonces.

—No, dígame ahora

Qué he de hacer con el pérfido hijo mío.

—Veremos la manera

De volverlo al redil.

—Es una fiera

Cuya infame conducta me asesina.

—Todo se arreglará; paciente espera

Su redención de la bondad divina.

—¡Oh, cuánta dicha á su merced le debo!

—A mí, Jeromo, no me debes nada,

Y que juzgues favores desapruebo

Actos que son mi obligación sagrada.

—Por más que su merced lo disimula,

Es, ha sido y será mi Providencia.

—Calla, tonto, y acércame la mula,

Que el día está sufriendo gran trastrueque.

¡Me voy á remojar, si la querencia

No hace andar á esta pánfila de modo

Que me ponga en mi casa antes que trueque

Un chaparrón la polvareda en lodo!

¡No estoy para estos trotes!

¡Soy un vejete ya! ¡La cincha afianza!

Con que ya sabes, ¿eh? No te alborotes.

Mucho amor, mucha fe, mucha esperanza,

Y encontrarás consuelo.

—Déjeme su merced que sus pies bese.

—Quita, Jeromo, ¿qué arrebatos es ese?

¡Al orar y al gemir se mira al cielo!—

Y enjugando una lágrima furtiva

Que arrancóle la angustia del abuelo,

A su bestia pasiva

Tanto dió con los pies y con la rienda,

Que á pesar de ir sendero cuesta arriba

La sacó galopando de la hacienda.

VI.

Á la mitad se hallaba del camino
 Cuando cerróse el claro firmamento;
 La hojarasca arrastrando en remolino,
 Como una furia desatóse el viento:
 Las nubes, agrupándose en montones
 Y rasando la tierra cual la bruma,
 Rompieron en pesados goterones;
 La mar, picada, se cubrió de espuma,
 Y ardiendo en el relámpago rojizo
 Al pavoroso retemblar del trueno
 El cielo en cataratas se deshizo.

—¡Todo sea por Dios!—no más decía
 El Padre Manolito muy sereno,
 Mientras la lluvia torrencial sufría;

Y á la mula aguijaba

Que ante el turbión, de espanto temblorosa,

En vez de ir adelante, reculaba.

Contra el pobre señor todo se unía.

La lluvia tormentosa

Hasta el hueso calábale, le hacía

Su juguete la mula recelosa,

El firmamento en fuego le envolvía,

Y en lugar de rendirse á tanto azote,

Su—¡Todo por Dios sea!—repetía

Cada vez más tranquilo el sacerdote.

Áeste punto, del áspero vallado
 Que orillaba la senda
 Saltó un hombre al camino apresurado
 Y sujetó la mula por la rienda.
 —¡Jesús! ¿Qué quiere este hombre?—
 El cura murmuró sobresaltado.
 —Su merced no se apure ni se asombre—
 Se apresuró á decir el asaltante;—
 Sólo librarle quiero
 Del peligro que corre en este instante.
 —¡Pues si es Joaquín el fiero!—
 Reconociendo al hombre, dijo el cura.—
 Y el bandido exclamó:—¿Teme mi saña
 Su merced, por ventura?
 —El corazón te engaña;
 Nadie infunde temor ni nada apura
 Á aquel que lleva á Cristo por compañía.
 —Pues déjese guiar de este bandido
 Que á su merced venera
 Porque el sostén de su familia ha sido.—
 Y como el que de un niño se apodera,
 Lo abrigó con su manta jerezana,
 Y agarrando el cabestro
 De la mula tirana,
 De aquel mal paso la sacó del diestro
 Y la puso obediente en tierra llana.
 —Toma la manta—el cura entonces dijo.
 —Después de haberla su merced usado,
 No la debo usar yo.
 —¿Qué dices, hijo?
 —Que se la entregue su merced á un pobre
 Que esté desabrigado.
 —¿Pero y tú?
 —Yo soy fuerte como un robre.
 ¡Con Dios, padre!
 —¡Un favor!
 —¿Cuál, señor cura?
 —Que te arrepientas de tu mala vida.
 —¡Si pudiera borrarse lo pasado!
 —¡El cielo, al perdonar, todo lo olvida.
 —¡Padre mío!.... La Virgen lo acompañe.
 —Pues hazme otro favor.
 —¿Cuál?
 —Que Manolo,
 Vuelva á su hogar, y el corazón no dañe
 De su padre afligido....
 —Descuide su merced— dijo; y de nuevo
 En los breñales se perdió el bandido.
 Nadie en verdad creyera
 Que un señor tan longevo,

Tanta emoción y azote resistiera;
 Mas fué de ver, el aluvión pasado,
 Lo alegre y arriscado
 Que pasó con su mula casquivana
 Por en medio del pueblo alborotado
 Ostentando su manta jerezana.

VII.

Pasado el riego de la lluvia santa,
 ¡Cómo la tierra de placer sonríe
 Y con cuántos colores se abrillanta!
 La fuente brota, el arroyuelo ríe,
 Un hálito del suelo se levanta
 Que los sentidos con su aroma engríe;
 Todo luce y trasmina,
 Desde la flor hasta la inerte piedra,
 Y se adorna la planta mortecina
 Con el verdor lustroso de la hiedra.
 Las cortezas de líquenes cuajadas
 Hacen que de los árboles los troncos
 Relumbren cual columnas bronceadas;
 Recobran su esbeltez los tallos broncos,
 Y por las tibias hojas palpípanes
 El agua rueda en desgranados hilos
 De lucíferas perlas y brillantes.

Entonces la tarea
 Toma la hormiga de limpiar sus silos,
 Y de arenosos montes los rodea;
 Las viudillas pintojas
 Que del furor del agua se defienden
 En el reverso de las anchas hojas,
 Las alas sacan y á la luz las tienden;
 Se bañan los gorriones en los baches,
 Y las limpias pezuñas del ganado
 Relucen como negros azabaches.
 De sus alas abriendo el abanico,
 El plumaje mojado
 Se atusan las palomas con el pico.
 Todo es luz, movimiento y alegría;
 El mundo, de ventura enajenado,
 A los cielos eleva su armonía,
 Y, símbolo de paz, la ardiente espada
 De célico querube,
 En el nimbo de Dios tornasolada,
 El iris pinta en la rasgada nube.

JOSÉ VELARDE.

